

Zaqueo "buscaba ver a Jesús" (Lc 19,1-10)

Del encuentro a la conversión



Sor Maria Ko

1

Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era el jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicomoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría. Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Se ha ido a alojar en casa de un pecador». Pero Zaqueo dijo resueltamente al Señor: «Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más». Y Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido». (Lc 19,1-10)

Me llamo Zaqueo. Es un bello nombre, que en mi lengua significa: "Dios se recuerda". Vivo en Jericó, una ciudad pintoresca, un oasis en medio del desierto de Judá.

¿Mi profesión? La digo sin mucho orgullo. Soy jefe de los publicanos, es decir, inspector de las tasas y de los diferentes impuestos que se pagan a los romanos. Mi oficio me ha procurado mucha riqueza, pero también una mala fama y el aislamiento completo de mis compatriotas judíos, para quienes "publicano" quiere decir "pecador público". Junto con las prostitutas, formamos aquella categoría de personas a quienes un buen hebreo debe absolutamente alejarse, como de un leproso.

Mi riqueza me permite llevar una vida cómoda, pero no feliz. En medio de la gente soy temido, no amado. A los ojos de aquellos que encuentro, leo desprecio y hostilidad. Pero ¿qué puedo hacer? Ya me he resignado a este tipo de vida marginada, alienada, privada de calor humano. Y no me hago ninguna ilusión de cambio.

Hoy hay un movimiento inusual en las calles: oigo decir que un joven rabí, un cierto Jesús de Nazaret, ha llegado a Jericó. De él se cuentan hechos extraordinarios. Apenas ha entrado a nuestra ciudad había realizado un milagro devolviendo la vista a un ciego. Son cuentos para niños y mujercillas supersticiosas. Pero me gustaría conocer a ese tal Jesús. ¿Quién sabe qué tipo de persona es y cómo ha hecho para atraer a tanta gente?

Sé que Jesús debe pasar por aquí, en medio de la ciudad. La calle ya está repleta: hay una muchedumbre sofocante y yo, pequeños como soy, no logro ver, ni siquiera si me pongo de puntillas.

¿Cómo hago? ¿Renunciar al deseo de verlo? ¡No! Yo, Zaqueo, soy decidido. Cuando quiero de verdad algo hago lo que sea para tenerla: me industrio, busco, invento los medios. Si no fuera así no hubiera llegado a tener la posición que tengo: ser jefe de los publicanos. Ahora Jesús está pasando y ¡quizás no haya otra oportunidad como esta!

¡Ya tengo la solución! En el camino hay un sicomoro, un árbol que ha estado siempre allí, pero ahora me parece se levanta sobre la tierra en este momento, ha crecido apenas para mí. Me subí, bien acomodado y escondido entre las hojas, no puedo más que complacerme de esta idea genial. Ahora puedo quedarme y mirar inobservado y, sin ser visto, puedo ver a Jesús, puedo asistir a todo a distancia, sin participar a nada. Yo no me entusiasmo fácilmente por las novedades y las sorpresas, no me comprometo sin haber hecho bien los cálculos. ¿Quién mejor que yo, jefe de los publicanos, conoce los engaños y la maldad del corazón? Y ¿quién más que yo, acostumbrado a vivir aislado, tiene razón de sospechar de todo y no confiarse de nadie y de ninguno?

Sentado en el árbol y mirando la muchedumbre agitada, me pregunto: "¿Pero quién es verdaderamente este Jesús que mueve a tanta gente? ¿Cómo es que hasta yo, Zaqueo, me he dejado fascinar? ¿Por qué deseo verlo? ¿Por qué lo espero con impaciencia? ¿Es solo curiosidad? ¿Es solo por la gratificación de poder decir: también yo estaba? ¿Es mi espíritu inquieto que me impulsa desde dentro? ¿Es porque yo, cansado de las riquezas que me llenan los bolsillos y que me dejan vacío el corazón, tengo nostalgia de relaciones auténticas, puras, transparentes y alimento un deseo profundo de algo auténtico y genuino?"

“¡Zaqueo, baja pronto porque hoy me hospedaré en tu casa!”

¿Cómo? Es Jesús quien me llama, permaneció bajo el árbol con la mirada en alto dirigida hacia mí. De lo bajo a lo alto su mirada me ha cautivado totalmente. ¡Qué penetrante mirada, firme y llena de ternura al mismo tiempo! Jamás he sido mirado así en mi vida. ¿Pero, cómo pudo descubrirme en escondite? ¿Cómo conoce mi nombre?

Bajo rápidamente. Para ver a Jesús solo he salido de la casa y he subido al árbol. Ahora Jesús me invita a hacer el recorrido contrario. Me hace descender y me reconduce a mi casa en su compañía. Salí con curiosidad para ver un espectáculo y regreso llevando a casa un amigo.

Mi casa, mis cuatro paredes que me tenían aislado, alejado de la gente, ahora se transforman en lugar de comunicación, de comunión. La casa, que marcó el pequeño pedazo de mundo que era mi posesión y que custodiaba celosamente, ahora se abre en acogida y hospitalidad. Más tarde, en Jerusalén, Jesús, expulsando a los vendedores del templo, le reprochará por haber transformado el templo en una guarida de ladrones. Ahora en mi casa sucede lo contrario. Al ser mi huésped Él transforma la guarida de un ladrón en un templo, cambia un lugar que custodia riquezas deshonestas en un lugar de encuentro con Dios.

“Hoy la salvación ha llegado a esta casa”

Todo encuentro con Jesús es un “hoy” de salvación, un encarnarse la eternidad de Dios en la realidad de nuestra historia humana. Ya el viejo Simeón, al ver al niño, había exclamado con alegría: *“Ahora mis ojos han visto la salvación”*. Sobre la cruz Él le dirá al buen ladrón: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*. Este “hoy” irrumpe ahora en mi vida. A través de este “hoy” mi historia, pobre y mezquina, está envuelta en la historia de la salvación y conquista un significado, un horizonte nuevo.

Mientras, desconcertado y turbado, acojo a Jesús en mi casa, la gente murmura y se escandaliza. Con su mezquindad de corazón los hombres no logran seguir la lógica de un Dios que sorprende siempre con sus gestos de amor, un Dios que tiene muchas novedades inéditas y que regala gratis su salvación. Yo soy pequeño de estatura, pero ellos son pequeños de mente y de corazón. También para ellos, todavía Jesús tiene una palabra: *“He venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”*. Entre estos perdidos estoy yo, en primera fila.

¿Qué ha sucedido de cara con Jesús en mi casa? Quisiera poder contarle con lujo de detalles, pero la experiencia es demasiado fuerte, demasiado bella y las palabras quedan cortas: es mejor custodiar todo en el silencio. Quiero, sin embargo, hacerlos saber la conclusión del encuentro: Jesús me ha transformado. He tomado la decisión pronta, valiente, que ha sorprendido un poco también a mí mismo. Levantándome, con determinación, he declarado delante de todos: *“voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más”*. Del encuentro a la conversión: es el encuentro con Jesús que ha hecho en mí este cambio interno. Si Él, antes de venir a mi casa, me hubiera puesto condiciones, no habría sucedido nada. Si me hubiera dicho: *“Zaqueo, devuelve el dinero fraudulento y como premio voy a visitarte a tu casa”*, seguramente jamás hubiera bajado del árbol.

Quiero ponerme rápido para aprender a donar, en la escuela de un Dios que otorga sus dones con gratuidad, en una medida *“buena, abundante, apretada y rebosante”*. La riqueza me había cerrado el corazón, aislado de Dios, del mundo, de los hermanos, de la historia. Ahora es para mí un instrumento de comunión, de reconciliación, de amistad.

Ha sucedido distinto, lamentablemente, con aquel joven rico que Jesús había mirado con amor, como hizo hoy conmigo. A la invitación de dar gratuitamente sus riquezas él ha dado la espalda y se ha ido triste. En cambio la mía es una historia con final feliz.

Mi historia, sencilla, ha entrado a ser parte del Evangelio, de la “alegre noticia” de salvación. Desde aquel “hoy” en adelante no soy más el publicano avaro, aislado, frío; me he convertido en Zaqueo, el astuto, el estratega que sabe descubrir los medios para ver a Jesús, el hombrecito afortunado y simpático que ha tenido la alegría de hospedar a en casa a su Dios.

Para quien escucha y vuelve a escuchar esta historia dirijo al corazón la invitación: ¡Déjate sorprender por Dios!
¡Él viene a tu casa, hoy!

Algunas anotaciones sobre el texto

3

1. Desde el punto de vista de la estructura literaria el texto puede dividirse en dos partes:

La primera parte, vv. 1-6, está dominada por la *acción*:

Zaqueo: busca, corre, sube, desciende, acoge;

Jesús: entra a la ciudad, alza la mirada, se detiene.

La segunda parte, vv. 7-10, está dedicada a la *valoración*:

La muchedumbre: que previamente había servido como telón de fondo de la narración, ahora expresa su desaprobación por la atención que Jesús tiene con el publicano pecador.

Zaqueo: en el encuentro con Jesús, decide cambiar su propia vida.

Jesús: declara haber venido a buscar a los pecadores, el encuentro con Zaqueo es parte de su misión.

2. Una inclusión significativa: el texto se abre y se cierra con referencia al verbo “buscar”

v. 3: “*buscaba ver quién era Jesús*”

v. 10: “*el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*”

3. Un verbo que recorre de modo transversal el texto: “ver” (*ideîn*)

v.3: “*buscaba ver quién era Jesús*”

v.4: “*Entonces se adelantó para poder verlo*”

v.5: “*Jesús alza la mirada*”

v. 7: “*Viéndolo todos murmuraban*”

De la misma raíz verbal *ideîn* derivan también los dos *idoù* (ecco) de los vv. 2 y 8

v. 2: “*he aquí un hombre de nombre Zaqueo*”

v. 8: “*he aquí, Señor, yo daré la mitad de mis bienes...*”

4. En este texto se consideran muchos temas de la teología lucana

Hoy: cf. 2,11; 4,21; 23,43.

La salvación de lo que estaba *perdido*: cf. 2,29-30; 3,6; cap.15

La predilección por los *pequeños y marginados*: cf. 7,28; 9,48; 12,32

La atención generosa a *pecadores y publicanos*: cf. 3,12; 5,8. 27-30; 7,29.34-39; cap.15 etc.

La iniciativa divina y la *prontitud*: 1,39; 2,16

La premura y la larga *acogida*: 10,38; 15,2

La explosión de la *alegría* por el encuentro: 1,14.28; 6,23; 10,20 etc.